

Carlos Plastino*

Elementos para una antropología más allá del patriarcado

Además de su gran importancia para la teoría y clínica psicoanalíticas, la obra de Donald W. Winnicott supone una importante y original contribución a la construcción de concepciones teóricas capaces de superar los presupuestos milenarios del patriarcado y la reformulación de esos presupuestos operada por el imaginario moderno. Como intentaré mostrar a continuación, los descubrimientos clínicos del maestro inglés, así como los conceptos que los expresan y organizan a nivel teórico, se contraponen a los presupuestos centrales de las concepciones modernas, aportando elementos para la construcción de concepciones antropológicas, ontológicas y epistemológicas más en sintonía con los resultados de las ciencias y los saberes contemporáneos, y afines con la significativa decadencia del imaginario patriarcal a lo largo del siglo XX. Dentro de las limitaciones de espacio propias de un artículo, pretendo esbozar las cuestiones que considero importante discutir, con la intención de contribuir a la siempre necesaria renovación de la teoría psicoanalítica. Es importante señalar que, por su propia complejidad, este abordaje necesita estar precedido por la discusión –aunque sumaria– de las características específicas de la teoría psicoanalítica y de su proceso de elaboración. Tal discusión es importante para la comprensión de la compleja y profunda relación que la obra de Winnicott sostiene con el trabajo del creador del psicoanálisis, relación caracterizada tanto por su enfática reivindicación de la filiación freudiana como por la crítica explícita que formula a las construcciones metapsicológicas de Freud.

* Universidad del Estado de Río de Janeiro. Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro.



“Permítanme decir, antes que nada, que la mayoría de mis conceptos derivan de los de Freud”, escribe Winnicott (1967/2011, p. 4). Para entender el significado de esta afirmación, es necesario considerar que la experiencia clínica también es una experiencia de conocimiento. Freud consolidó su experiencia clínica sobre la escucha del otro, aprendiendo a valorar allí la participación de la fantasía en el sufrimiento de cada paciente y, a su vez, la singularidad de ese sufrimiento. Aunque el período histórico aún exigía que todo conocimiento tuviera que presentarse como “científico” para tener sello de validez, era evidente que la “nueva ciencia” del psicoanálisis difería radicalmente de las concepciones de las denominadas ciencias positivas. El objetivo que subyacía a la creación de la ciencia moderna era conocer el funcionamiento del mundo material. La creencia en la vigencia universal de las relaciones de determinación sustentó también la creencia en la posibilidad de someter la totalidad de lo real al conocimiento científico, al mismo tiempo que la eficiencia demostrada por la ciencia moderna a lo largo del proceso que llevó a la revolución industrial y a la creación del mundo moderno facilitó la difusión de la idea de que se trataba del único saber legítimo. En ese contexto, conocer un objeto equivalía a descubrir sus determinaciones. Esta estrategia de conocimiento, válida para un sector de la realidad regido por el principio de determinación, no consideraba las características singulares de los individuos y la especificidad de los conocimientos sobre el hombre. Excluyente y totalitaria, esta concepción del conocimiento forjada por la Modernidad es indisoluble de la omnipotencia que sustenta la concepción racionalista del ser y de la vida. En el

contexto de la perspectiva patriarcal, caracterizada por las ideas de conflicto y dominación, esa concepción del conocimiento cimentó el desarrollo de la actitud predatoria del hombre moderno.

Estas rápidas consideraciones sobre la ciencia moderna y su modo de operar apuntan a volver evidente su diferencia con las prácticas que constituirían el escenario de la emergencia de la experiencia psicoanalítica, así como su teorización. Tal experiencia privilegia la expresión de la *singularidad* del individuo, y lo hace en el contexto de una relación intersubjetiva que sustituye el par “sujeto”/“objeto” de conocimiento. Los factores afectivos son centrales en esta relación intersubjetiva, tanto en su aspecto terapéutico como en el epistemológico. Lo que se despliega en la clínica psicoanalítica es un saber *comprensivo*, que a diferencia de los conocimientos explicativos, no trabaja con relaciones de determinación, sino que procura la comprensión de las singularidades a través de procesos de aprehensión de sentidos, comunicados de diversas maneras en la relación intersubjetiva. Si *explicar* es atribuir una o más causas a un efecto, comprender es mirar un *objeto* –en realidad, un sujeto¹– “por todos lados”. Trabajando con la singularidad, las fantasías y la creatividad, la teoría y la práctica psicoanalíticas lidian con la enorme complejidad del fenómeno humano. Esta complejidad simplemente no cabe dentro de los límites ontológicos y antropológicos supuestos por el iluminismo materialista y racionalista.

La filiación freudiana

La filiación freudiana reivindicada por Winnicott hace referencia fundamentalmente a la práctica clínica, cuyos fundamentos remiten a los descubrimientos de Freud en su experiencia clínica, expresándose en los conceptos más próximos a ella, como inconsciente, transferencia y contratransferencia. Refiere además al protagonismo del inconsciente en el proceso terapéutico y a lo central de la dinámica afectiva, tanto en los procesos psíquicos inconscientes como en la relación intersubjetiva del par analítico. Además, incluye la comprensión de la etiología de las psiconeurosis y su relación con la dinámica edípica, así como las técnicas de asociación libre y atención flotante, y la práctica interpretativa como herramienta central del trabajo analítico en el tratamiento de las psiconeurosis. La importancia de esa filiación reivindicada por Winnicott no excluye tampoco la introducción de innovaciones clínicas y técnicas, ni el desarrollo de fuertes divergencias en relación con la clínica ortodoxa. La extensión de la práctica analítica a modalidades de sufrimiento emocional inherentes al período temprano de desarrollo emocional volvió evidente para Winnicott el hecho de que las experiencias iniciales de la vida no podían ser comprendidas en el contexto descubierto y teorizado por Freud a partir del tratamiento de las psiconeurosis. Habitando todavía en el mundo de la necesidad, el

1. Señala V. Bonaminho (2010) que, en psicoanálisis, el término *objeto* designa en realidad un sujeto. El uso del término *objeto* fue introducido por Freud para nombrar lo que era buscado por la *pulsión*. Con la introducción de la teoría de las relaciones de objeto, se operó un deslizamiento en la significación del término.

bebé o el paciente en regresión lidia con una dinámica definida por la dependencia absoluta y la apremiante necesidad de continentación, en el contexto de una relación primaria, y ya no, como en el caso de las psiconeurosis, por el deseo, la sexualidad², la ambivalencia, el conflicto, la represión y la culpa. En la base del sufrimiento de estos pacientes no se encuentran contenidos reprimidos que cabría interpretar en el contexto de las relaciones transferenciales. En ese escenario, la herramienta de interpretación pierde efectividad y lugar central, y debe ser sustituida por una conducta terapéutica que privilegie la proximidad y la continentación.

Winnicott continuó reivindicando su filiación freudiana hasta el final de su vida, sin por eso minimizar o ignorar sus grandes diferencias con el “psicoanálisis ortodoxo”. Con toda simplicidad, escribió “nunca he sido capaz de seguir a otro, ni siquiera a Freud”³ (Winnicott, 1962/1983a, p. 161). Destacaba el enorme significado del descubrimiento del Edipo para la comprensión y el tratamiento de las psiconeurosis, pero el profundo conocimiento que adquirió sobre la importancia del desarrollo emocional primitivo, así como la relevancia del ambiente en ese período y en el resto de la vida, incluyendo la vivencia del Edipo, lo llevaron a repensar el papel del drama edípico, apartándose decididamente, como se verá, de los presupuestos del imaginario patriarcal que dominan la reflexión freudiana.

La construcción de un “techo”: la metapsicología

Si bien la afirmación según la cual la experiencia clínica constituye la fuente de la cual emerge el saber elaborado por el psicoanálisis se desprende de las características de la propia experiencia, en la transmisión del psicoanálisis no es poco común que ese papel se vea opacado por la importancia atribuida a la metapsicología, que se presenta como un saber dogmático. En esos casos la teoría psicoanalítica es transmitida con la engañosa apariencia de ser un conocimiento absolutamente basado en tal estructura especulativa. Es importante diferenciar entre los métodos de investigación que derivan en la producción de un saber y los métodos de exposición del conocimiento ya obtenido. La metapsicología representa innegablemente la elaboración de mayor nivel de abstracción del saber elaborado por el psicoanálisis. Pero eso no hace de ella su *fundamento* o su *fuentes*. Esa fuente es la experiencia clínica, tal como lo demuestra la historia del proceso de formulación de conceptos y teorías. Freud establecía una nítida separación entre, por un lado, una teoría que consideraba casi una transcripción de la experiencia en la teoría, y por otro, la teoría metapsicológica. A esta últi-

2. Ello no significa que Winnicott ignore la existencia de la sexualidad infantil ni su impacto sobre la vida emocional, sino que, repensándola desde la perspectiva del desarrollo emocional, elaboró una nueva forma de considerarla. En ella, el descubrimiento de Freud en torno a la sexualidad en sentido amplio es reconocido, pero su caracterización como fundamento de toda la vida psíquica es cuestionado. Para una profundización de esta rica e importante cuestión, ver Lejarraga (2015).

3. N. del T.: La traducción de J. Piatigorsky. Las traducciones de esta obra corresponden a Winnicott, D. (1993). Un modo personal de ver el aporte kleiniano. En J. Piatigorsky (trad.), *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador* (pp. 223-233). Buenos Aires: Paidós.

ma –que consideraba especulativa y provisoria– atribuía el objetivo de complementar las teorías que “son expresión directa de la experiencia, mediante hipótesis aptas para dominar el material y referidas a constataciones que ya no podían ser asunto de una observación directa” (Freud, 1925 [1924]/1986i, p. 31).

Después de abandonar el intento de “presentar procesos psíquicos como estados cuantitativamente comandados de unas partes materiales comprobables” (Freud, 1950 [1895]/1986j, p. 339), la correspondencia de Freud con W. Fliess, su interlocutor de ese período inicial, lo muestra molesto por el hecho de que *su psicología* haya quedado “en el aire” (Freud, citado en Masson, 1986, p. 327), utilizando esa expresión para designar sus dificultades para encontrar una base material que sustentase los procesos anímicos que descubría en su clínica, como es notoriamente el caso de la represión. Formula esa queja al comunicar su decisión de abandonar el intento de escribir su *Proyecto de una psicología para neurólogos*, decisión motivada por la imposibilidad de justificar la existencia en el psiquismo de factores de orden *cualitativo* –como los que protagonizan el proceso de represión– a partir de factores de naturaleza *cuantitativa* (Freud, citado en Masson, 1986, p. 142). Freud había emprendido esa tentativa en obediencia al presupuesto materialista de la ontología de la Modernidad, presupuesto según el cual los procesos psíquicos eran necesariamente producto de la realidad material y encontraban allí su origen. El fracaso del *Proyecto* fue el fracaso de la intención de insertar su descubrimiento sobre los procesos psíquicos en la concepción materialista dominante. Este momento inicial de la saga teórica de Freud fue seguido por el reconocimiento, en el capítulo 7 de *La interpretación de los sueños* (Freud, 1900/1986g), de la existencia de la realidad psíquica, “una forma particular de existencia que no debe confundirse con la realidad material ella” (p. 607)⁴. Aunque esa afirmación revolucionaria contradice directamente la concepción materialista dominante, ello no lleva a Freud a abandonar sus convicciones heredadas. Por el contrario, ilustrando su dificultad para desprenderse de las creencias del cientificismo de la Modernidad (materialismo, cientificismo, empirismo), la afirmación de la existencia de la realidad psíquica como diferente de la material convive en él con la expectativa, remitida a un futuro indefinido, de que fueran encontrados los fundamentos materiales de esa realidad. Es en ese contexto que inventa la metapsicología, poniendo cuidado en afirmar que no era esta la *base* de la teoría psicoanalítica, sino su *superestructura*. Como tal, la considera provisoria y permanentemente sometida a los efectos de las nuevas experiencias clínicas. Sería el “techo” del psicoanálisis, es decir, un “lugar” teórico que permitiría pensar, en un nivel de mayor abstracción, las cuestiones “no pasibles” de observaciones directas (Freud, 1925 [1924]/1986i, p. 31).

4. En verdad, tal como establece la nota 11, la frase citada no constaba en la primera edición de *La interpretación de los sueños*, y fue agregada en la edición de 1909 y, en la forma citada, en la de 1919. Este proceso, creo, ilustra la evolución del pensamiento de Freud y su lucha entre sus creencias heredadas y sus descubrimientos clínicos.

Freud entendía que este era un nivel teórico necesario para la elaboración de la “nueva ciencia” del psicoanálisis. Para construirlo, se propone “aplicar al material ciertas ideas abstractas que se recogieron de alguna otra parte” (Freud, 1915/1986k, p. 113), de otras ciencias que le suministraran las concepciones generales necesarias para la construcción y organización de su objeto teórico. Esas ciencias, sin embargo, habían sido creadas y desarrolladas según la base de las concepciones básicas de la Modernidad, concepciones que, lejos de ser conclusiones irrefutables acerca de procesos de conocimiento, constituían los *presupuestos* del trabajo científico, estableciendo sus límites y condiciones. Como consecuencia de esos “préstamos”, los presupuestos centrales de la Modernidad –racionalismo epistemológico y ontológico, materialismo, determinismo y dualismos– que fundamentaron la construcción y organización de las ciencias modernas pasaron a organizar también la metapsicología freudiana. La *naturalización* de esas creencias teóricas en el contexto de la hegemonía incuestionable del paradigma moderno de la época las eximía del trabajo de la crítica, llevando a que, en la práctica, funcionaran *como si* fueran sólidas conclusiones de trabajo de conocimiento; presupuestos que si bien organizaban el conocimiento, también lo limitaban.

Incorporando acriticamente la ontología materialista y racionalista de la Modernidad, lo excluyente de su racionalismo epistemológico y el dualismo de su antropología, Freud aprisionó su metapsicología dentro de las fronteras de lo pensable construidas por el imaginario moderno. Dentro de esas fronteras no había espacio para lo inconsciente ni para la primacía de los factores emocionales. A consecuencia de ello, su metapsicología entró en contradicción con sus descubrimientos clínicos y sus textos de teoría clínica. Dos conceptos importantísimos de la teoría psicoanalítica permiten ilustrar este proceso. El primer ejemplo refiere al inconsciente. Aunque afirmando sin ambigüedades que el inconsciente es el psiquismo genuino, su primera elaboración metapsicológica acepta el dualismo antropológico cartesiano, pensando el psiquismo (“aparato psíquico”) a partir de la consciencia y el inconsciente como consecuencia de procesos defensivos (Freud, 1900/1986g, p. 600). Intentando superar las dificultades teóricas que enfrentaba para pensar sus descubrimientos en términos de *sistemas*, ensaya una solución y propone pensarlas en términos de *proceso* (Freud, 1900/1986g). El descubrimiento del proceso primario es uno de los aspectos más relevantes de la genialidad freudiana. El proceso primario, que funciona desde la base de la combinación de imágenes y emociones, no respeta el principio de identidad, aunque está pleno de sentidos. Esta revolucionaria concepción, enteramente acorde con su concepción del psiquismo inconsciente como el “psiquismo genuino”, arroja una potente luz sobre el trabajo psíquico que constituye la base de la producción discursiva del conocimiento. Y aun a pesar de su importancia, todavía no fue recogida en los textos epistemológicos de Freud⁵. En ellos se alinea con la concepción más ortodoxamente iluminista, llegando a rechazar de manera explícita el papel de la intuición en

5. Me refiero a *El porvenir de una ilusión* (1927/1986e) y *En torno de una cosmovisión* (1933 [1932]/1986a).

los procesos de conocimiento (Freud, 1927/1986e). El descubrimiento del inconsciente y del proceso primario –obtenido a través del trabajo sobre los sueños, los síntomas y los actos fallidos (en un período de su vida en el cual Freud admite su desinterés por la “ciencia estricta”) y a través de procesos en los cuales la intuición ocupaba un papel fundamental– necesitaba adquirir, en la opinión de Freud, una “expresión científica”, lo cual lo lleva a escribir el séptimo capítulo de su obra fundacional. En él, lo inconsciente es presentado como consecuencia de procesos defensivos, aunque sigue sosteniendo enfáticamente que este constituye el psiquismo genuino y primario.

Otro aspecto de la teoría psicoanalítica que vuelve explícita la incompatibilidad existente entre, por un lado, la experiencia y la teoría clínica, y, por otro, la elaboración metapsicológica y sus fundamentos, es aquel que refiere a la problemática de las emociones. A partir de sus experiencias clínicas, Freud y Breuer habían desarrollado, aún en el siglo XIX, una comprensión del sufrimiento histérico basado casi exclusivamente en factores afectivos (Freud, 1925 [1924]/1986i). Este protagonismo de los afectos cambia radicalmente en la elaboración metapsicológica. En ella, la consideración de los afectos sufre el impacto de la concepción mecanicista de la naturaleza (y, por tanto, del cuerpo) propia de la concepción antropológica de la Modernidad. Puesto que no se puede atribuir al “cuerpo” nada más allá de “factores cuantitativos” o “fuerzas privadas de cualidad”, y las emociones son la expresión de lo que es natural en el hombre, los afectos en sí mismos también serían solamente “aspectos cuantitativos”, “procesos de descarga”. Los afectos serían en sí mismos no susceptibles de sentido y, por tanto, de represión, y recibirían tan solo sentido a partir de las representaciones y sus significaciones. En consonancia con esta concepción, Freud afirma en su artículo *Lo inconsciente* (1915/1986l) la imposibilidad de que existan sentimientos inconscientes comparables a las representaciones inconscientes (p. 173). No escapa a la percepción de Freud que esa afirmación es inconciliable con la existencia de sentimientos inconscientes de culpa, inequívocamente testimoniada por la experiencia clínica, lo que lo lleva a postergar la consideración del tema para un momento posterior en el cual la comprensión de la articulación de las instancias psíquicas le resultara más clara. Años más tarde, en *El problema económico del masoquismo* (Freud, 1924/1992), ratificando la asimilación del “principio del placer” con la pulsión de muerte, como especulara en su texto anterior (Freud, 1920/1986h), Freud se vio obligado a rever la concepción sobre el principio del placer, y afirmó entonces que debía existir en él necesariamente algún factor cualitativo, el cual tendía a identificar con Eros. Esta importante modificación teórica vuelve evidentes las dificultades que enfrentaba para poder pensar, en un contexto limitado por los presupuestos de la Modernidad, la riqueza y la complejidad de los denominados *factores afectivos*. ¿Cómo, efectivamente, pensar los fenómenos de percepción y comunicación inconsciente en el contexto limitante de una pobreza teórica que reduce las emociones a su “dimensión cuantitativa”? Nótese, para constatar el abismo que separa la concepción cuantitativa de los afectos (impuesta por los presupuestos modernos encarnados en Freud) y el resto de su pensamiento, el hecho de cuánto se aparta de esas limitaciones en su descripción

de lo que denomina el “saber de los poetas”, saber para el cual sostiene enfáticamente la participación de los afectos en los procesos de conocimiento. Los poetas, escribe, son capaces de extraer “del torbellino de sus propios sentimientos, las intelecciones más hondas” (Freud, 1930 [1929]/1986d, p. 129). Volveré sobre esta cuestión en la parte final de este artículo. De momento, me limitaré a señalar el hecho, bastante sorprendente, de que el autor del descubrimiento del proceso primario no había aún percibido el gigantesco impacto de su descubrimiento sobre la concepción de los procesos de conocimiento. En la dimensión de la realidad que constituye el objeto de los saberes sobre el hombre, la participación de la determinación es incomparablemente menor que en aquella otra que constituye el objeto del saber de las ciencias de la materia. Por estar dotado de capacidad para elaborar imaginativamente sus experiencias, el hombre es mucho más que sus genes. Las características de libertad y creatividad propias de la experiencia humana alejan al ser humano del campo de la determinación absoluta, introduciendo la cuestión fundamental de la fantasía y su participación en la construcción del conocimiento y de la propia realidad. Lo que en el hombre es propiamente humano es pasible de comprensión, no de explicación, y es conveniente recordar que la creencia en el monopolio de la ciencia se inserta en una concepción de la realidad enteramente organizada conforme a la lógica de identidad. Tal como evidencian las ciencias y los saberes contemporáneos, lo real se caracteriza por la heterogeneidad de sus formas de ser, lo que vuelve necesaria la construcción de una pluralidad de modos de conocer. Desde esta perspectiva, la creencia del monopolio de la ciencia en el conocimiento es totalitaria y excluyente.

El conservadurismo epistemológico freudiano no le permitió percibir los severos límites que las creencias paradigmáticas acriticamente aceptadas le imponían en la construcción de la metapsicología, impidiendo que esta acogiera las revolucionarias consecuencias de sus descubrimientos clínicos. Al mismo tiempo, y paradójicamente tratándose del hombre que había escuchado la voz de sus pacientes sofocada por la represión patriarcal, su teoría incorporó importantes preconceptos patriarcales, tales como la concepción necesariamente conflictiva de la vida social, la creencia en el carácter inevitable de la represión y la desvalorización de los afectos de la mujer. Por todo ello, el abandono de las construcciones metapsicológicas freudianas constituía para Winnicott una condición de posibilidad tanto para desarrollar su experiencia clínica como para elaborar una teoría a partir de ella. En su correspondencia con Anna Freud, explicita los motivos que lo llevaron a rechazar la construcción especulativa de Freud, argumentando que ella ofrecía “una apariencia de comprensión en la que tal comprensión no existe” (Winnicott, 1987/1990, p. 51). De hecho, ¿cómo poder pensar la enorme riqueza del desarrollo emocional primitivo, en el cual las formas primitivas de la vida psíquica son indisociables del cuerpo y de las relaciones ambientales, desde la perspectiva del modelo construido especulativamente por Descartes y adoptado por la metapsicología freudiana? O ¿cómo pensar aquello que en el ser humano es natural en el contexto de la pobreza abismal que reduce la complejidad de la vida a la simplicidad del funcionamiento de las máquinas?

La experiencia winnicottiana

Fue también la experiencia clínica lo que llevó a Winnicott a reconsiderar el campo de aplicación del complejo de Edipo. No cuestionaba la importancia del descubrimiento del complejo por parte de Freud para la comprensión de los sufrimientos psiconeuróticos, aunque relativizaba su carácter central al equiparlo en importancia con el descubrimiento de la posición depresiva por parte de Klein. Estaba fuertemente en desacuerdo con la tentativa de entender la complejidad de los tiempos tempranos del desarrollo emocional utilizando para ello el marco conceptual construido para dar cuenta de la dinámica edípica. Comentando la contribución de Melanie Klein, afirma que ya en su trabajo clínico como pediatra, al escuchar los relatos de los padres sobre la historia precoz de los disturbios de sus hijos, había podido tanto confirmar la pertinencia de los *insights* obtenidos por el psicoanálisis como constatar las limitaciones que la teoría psicoanalítica vigente en ese entonces presentaba para la comprensión de los casos clínicos con los que lidiaba (Winnicott, 1962/1983a). “En [...] la década de 1920, en el núcleo de todo estaba el complejo de Edipo” (p. 157). Relata que las dificultades anteriores al período edípico eran tratadas como regresiones a puntos de fijaciones pregenitales, en la suposición de que su dinámica provenía del conflicto del complejo de Edipo. Esta concepción se contradecía con la experiencia clínica, que mostraba reiteradamente la existencia de dificultades emocionales en la infancia más precoz, incluyendo el período de bebé. Los niños, constataba Winnicott, podían padecer emocionalmente incluso en las primeras semanas o días de vida. “En algún lugar había algo erróneo” (p. 157), concluye, e incluso agrega que, posteriormente, el ejercicio de la clínica psicoanalítica con niños le permitió confirmar el origen de las psiconeurosis tanto en el complejo de Edipo como en dificultades anteriores al período edípico e independientes de este. La experiencia freudiana, tal como se sabe, tenía como base fundamental el tratamiento de las neurosis de transferencia, cuya etiología, descubriría Freud, era indisociable de los avatares del complejo de Edipo. La experiencia de Winnicott con madres y bebés, niños pequeños y adultos en regresión le permitió vérselas con el proceso de *constitución* de las subjetividades en pacientes que habían sufrido percances importantes en el período temprano de su desarrollo emocional. Tales pacientes no se habían constituido como “personas totales” –piensa Winnicott–, no habían tenido, por lo tanto, verdadero acceso a las relaciones triangulares y a sus avatares de ambivalencia afectiva, conflicto, represión y culpa. Comienza a pensar el complejo de Edipo, entonces, como un momento más tardío del desarrollo emocional, precedido por un período más primitivo de constitución yoica, período temprano que abarca tanto la constitución del narcisismo como su desenlace de la posición depresiva. Si bien el complejo de Edipo continuaba siendo central para la comprensión de la etiología de las psiconeurosis, no significaba nada para aquellos que, sufriendo un fracaso severo en su proceso de constitución yoica, ni siquiera llegaban a vivenciar genuinamente la dinámica propia del tal complejo. Para Winnicott, inversamente a lo que afirmaba Freud, no

todas las personas llegan a confrontarse con el drama edípico, sino tan solo aquellas que alcanzan un mínimo de éxito en su desarrollo emocional primitivo.

Es importante en este punto de la reflexión aludir, aunque sumariamente, a la cuestión epistemológica implícita en el proceso de trabajo clínico y teórico winnicottiano. La comunicación entre inconscientes y el primado de los procesos afectivos no eran, por cierto, ignorados por Freud. Su definición de *atención flotante* no deja dudas en ese sentido:

La experiencia mostró pronto que la conducta más adecuada para el médico que debía realizar el análisis era que él mismo se entregase, con una atención parejamente flotante, a su propia actividad mental inconsciente, evitase en lo posible la reflexión y la formación de expectativas concientes, y no pretendiese fijar particularmente en su memoria nada de lo escuchado; así capturaría lo inconsciente del paciente con su propio inconsciente. (Freud, 1923 [1922]/1986, p. 235)

Estas palabras expresan bien el método freudiano, que él asociaba con el ya citado “saber de los poetas”. Esta perspectiva fue enormemente desarrollada en la experiencia winnicottiana, desarrollo favorecido por la aproximación que el maestro inglés hacía entre las modalidades de comunicación y relación propias de las relaciones tempranas del bebé con su madre, y las que regían las relaciones entre el analista y aquellos pacientes cuyo sufrimiento tenía que ver con el proceso de desarrollo emocional primitivo. Las comunicaciones inconscientes en procesos pautados por emociones e imágenes, así como el intenso funcionamiento del proceso primario, constituyen aspectos fundamentales del proceso clínico, también en cuanto proceso de conocimiento. Es a partir de estos procesos que Winnicott elaboraba sus teorías, reconociendo que constituían construcciones, pero afirmando enfáticamente que “funcionaban” (Winnicott, 1965/1994, p. 94).

En el contexto del desarrollo emocional primitivo, el concepto de narcisismo primario, formulado por Freud, no tenía sentido para Winnicott, que conserva el término aunque cambiando radicalmente su significado. Para él, el concepto de narcisismo primario no designa un yo ilimitado, inexistente al comienzo de la vida, sino que designa al “bebé y su madre”, afirmando así la imposibilidad de pensar el proceso de constitución yoica sin considerar el papel fundamental del *ambiente*. La inexistencia del yo al comienzo de la vida por cierto que no era ignorada por Freud. Por el contrario, él la afirma sin ambigüedades (Freud, 1930 [1929]/1986d), asociando su emergencia con el atravesamiento por una situación que su amigo e interlocutor Raymond Rolland denominara “sentimiento oceánico” (Freud, 1930 [1929]/1986d). Es importante en este punto notar que Freud cambia significativamente el sentido de la expresión introducida por Rolland. Mientras que este describía el sentimiento oceánico como la sensación de “formar parte del todo”, Freud lo entiende como el “incluir todo”⁶. La diferencia es significativa.

6. Ver sobre esta diferencia fundamental mi artículo «Sobre psicanálise, religião e espiritualidade» (Plastino, 2015).

El “incluir todo”, que caracteriza al sentimiento oceánico según Freud, estaría seguido de la experiencia de pérdida y limitación, mientras que la concepción de ese mismo “sentimiento oceánico” por Rolland como sentimiento de “formar parte del todo” estaría seguido por un proceso de individuación, es decir, de emergencia del individuo. En la secuencia de elaboración de la teoría ortodoxa, el concepto de narcisismo primario fue adoptado para designar el período inicial de la vida psíquica (Balint, 1969/2003). Este desenlace fue probablemente favorecido por el hecho de que el concepto de narcisismo primario se articula perfectamente con los presupuestos que fundamentan la metapsicología freudiana, la cual, expresando la concepción básica del imaginario patriarcal, piensa la vida social en términos de *conflicto*. Definiendo el narcisismo primario como el componente libidinal del egoísmo, el narcisismo sería la condición normal de la vida en sus inicios, volviendo inevitable el conflicto con la sociedad. En coherencia con lo anterior, Freud piensa la posterior instauración del superyó como un proceso de disminución del individuo, “un triunfo de la generación sobre el individuo”, escribe Freud (1925/1986b, p. 275). En el mismo sentido, compara la implantación del superyó con el establecimiento de una guarnición militar en el corazón de una ciudad enemiga (Freud, 1930 [1929]/1986d). De ese modo, aunque sosteniendo la inexistencia del yo en el origen de la vida, el pensamiento freudiano no se aparta de la concepción central de la Modernidad, que postula la preexistencia del individuo y su inserción social como un proceso inevitablemente conflictivo y represivo. Freud adopta así, inequívocamente, una concepción basal del imaginario moderno, y lo hace en su versión más pesimista. La contundente formulación de Hobbes adoptada por Freud (1930 [1929]/1986d) según la cual “el hombre es el lobo del hombre” sintetiza esta creencia del fundador del psicoanálisis.

El desarrollo emocional primitivo

La singularidad de su experiencia clínica unida a la libertad de observación y pensamiento, lo cual fue posible por el alejamiento de los presupuestos metapsicológicos, permitió a Winnicott elaborar una perspectiva diferente. Observando que los bebés que veía no poseían aún un sentimiento de individualidad, percibió que, en ese período inicial de la vida, los bebés vivenciaban la más simple y fundamental de las experiencias: *la experiencia de estar siendo*. Crea, para designar ese ser que aún deberá recorrer un largo camino para volverse un individuo, el concepto de “psicosoma”, con el que designa las características fundamentales de ese organismo perteneciente a la especie de mamíferos más dotada de la singular capacidad de *elaborar imaginativamente sus experiencias*. Observando la indisociable relación existente entre organismo y psiquismo, entre cuerpo, imaginación y vida emocional, constata que la concepción dualista que separa cuerpo y psiquismo no se adecua a la realidad del ser y de la vida. Abandonando ese presupuesto del pensamiento patriarcal y moderno reproducido por la metapsicología freudiana, establece las condiciones para construir, paulatinamente, un marco teórico que le permita pensar la extrema complejidad del proceso de constitución yoica y de sus posibles percances. Crea así su teoría sobre el desarrollo emocio-

nal primitivo, dando forma y consistencia a la fórmula tardíamente enunciada por Freud y poco desarrollada por él: la afirmación del primado de los factores afectivos.

Al ser un organismo dotado de la capacidad de elaborar imaginativamente sus experiencias, el bebé humano se sitúa en la encrucijada entre naturaleza y cultura, insertándose en ambas. Esta perspectiva demuestra la inconsistencia del dualismo central que, separando y oponiendo naturaleza y cultura, organiza el imaginario patriarcal reproducido por el imaginario moderno. Dicho dualismo, como se sabe, postula relaciones conflictivas y jerarquizadas entre ambos polos, pensando el polo de la naturaleza como aquel a ser dominado y el de la cultura como el dominante. La asimilación del hombre a la cultura y la razón, y de la mujer al cuerpo, los afectos y la naturaleza, características de ese imaginario dualista, constituye el núcleo de la dominación patriarcal y de sus preconceptos, muchos de los cuales están inequívocamente presentes en la obra de Freud. A la luz de su experiencia clínica, esa construcción teórica era inutilizable para Winnicott. En relación con la naturaleza, esa experiencia demostraba que la inserción del bebé humano en ella excede largamente las relaciones de determinación material, presentando *tendencias* cuya efectiva concretización es tributaria de la historia de las relaciones de cada bebé con aquellos que lo acogen. Esas tendencias naturales no son pensadas por Winnicott como formas negativas que aprisionan la existencia, sino como *objetivos* de la fuerza vital. Constituyen exigencias de nuestro ser, y las formas que adopta son resultado de un proceso histórico siempre singular. La actualización de las tendencias naturales es así pasible de fracasar en cierto grado, determinando una situación enferma capaz de afectar el proceso de constitución yoica. Entre esas tendencias propias de la naturaleza humana, Winnicott identifica la tendencia a la *integración*, es decir, a la conquista del sentimiento y de la experiencia de constituir un yo corporal, forma primaria del yo, según Freud. Identifica también la tendencia a la *personalización*, que define como el sentimiento de anclaje del psiquismo en el cuerpo propio, e incluso la tendencia a la realización, entendida como la capacidad de diferenciar el propio ser de los otros y del mundo externo. Ninguno de esos procesos, que en conjunto sustentan la emergencia del yo, tiene un resultado garantido. Este depende del actuar adecuado del ambiente primario en las fases primitivas del desarrollo emocional. En este punto se inserta el importante concepto de “preocupación maternal primaria”, a través del cual Winnicott designa la excepcional y provisoria capacidad materna durante las primeras semanas de vida del bebé. Esta capacidad, producto de la profunda identificación de la madre con su bebé, vuelve posible la experiencia que denomina de *mutualidad*, fundamental para el éxito del desarrollo emocional primitivo. De este modo, la concepción de la naturaleza humana elaborada por Winnicott se aleja decididamente de las creencias deterministas de la Modernidad, incluyendo al fenómeno humano en una dinámica que tiene en la *historicidad* una de sus características más importantes. La capacidad humana de crear y crearse no es pensada como aprisionada por determinaciones naturales inmodificables, tal como lo concibió Freud

(1930 [1929]/1986d) al formular su segunda teoría de las pulsiones, la cual considera la expresión de la naturaleza como algo inmodificable en nuestra composición psíquica.

La creatividad es central en el pensamiento de Winnicott, al punto de considerarla responsable de la emergencia del sentimiento de que la vida es algo que vale la pena vivir⁷. Él cree que ese sentimiento fundamental –cuya precariedad, insuficiencia o inexistencia subyace a muchas de las que hoy denominamos *nuevas patologías*– depende de que la creatividad forme parte de la experiencia de vivir. La tendencia a actuar creativamente es natural en el ser humano, que, de todos modos, necesita disponer de una base a partir de la cual operar, es decir, del sentimiento de existencia conquistado por el individuo. Se trata de un sentimiento, no de una percepción consciente, enfatiza Winnicott. La conquista de ese sentimiento fundamental se realiza a través de la *experiencia de continuidad* de la existencia, la cual solo es posible si nada interfiere, desde el punto de vista del bebé, en la *experiencia de estar siendo*. Por ello, se hace imprescindible que el ambiente respete la espontaneidad del individuo y se mantenga en una actitud de “adaptación absoluta”, al punto de que el bebé ni siquiera perciba su existencia. Es, por lo tanto, la *espontaneidad*, expresión de la tendencia de la naturaleza humana hacia la libertad, la que constituye la condición fundamental de la creatividad. Y puesto que la creatividad es inherente al estar vivo y la manera natural en la cual el ser humano se relaciona con el mundo, la espontaneidad y la libertad son también propias del vivir. La creación es, entonces, inherente a la relación del ser humano con el mundo de los objetos, pero ninguna relación tendría realmente sentido si no hubiera allí un ser. Desde la perspectiva de Winnicott, solo un existente establecido puede experimentar la búsqueda y el encuentro de un objeto como acto creativo. Esta es la razón por la cual, para Winnicott, el ser precede al hacer y el “Yo soy” da sentido al “Yo hago”. Es en ese sentido que afirma que no hay “Ello antes que Yo”. El sentimiento de ser, por su parte, emerge de la experiencia en la que el hacer por impulso predomina sobre el hacer reactivo. Producto de la vivencia espontánea, la emergencia del ser juega también un papel fundamental en la salud. Winnicott sostiene que ser y sentirse real son fundamentales para la salud, afirmando que cree en la existencia de un vínculo entre salud emocional individual y sentimiento de sentirse real.

Partiendo de los conceptos de salud y creatividad que desarrolla, Winnicott también propone una visión acerca de la libertad. La imperiosa necesidad de ella para el ser es ya evidente por el proceso mismo del cual este emerge como tal. La experiencia del actuar creativamente posibilitará, al ser respetada por el ambiente, la emergencia del ser y la experiencia de la creatividad. Si la espontaneidad es sofocada por un ambiente intrusivo, la creatividad será destruida y se producirá en el individuo un estado de desesperanza. El respeto por el ambiente primario a la expresión espontánea del bebé es de tal importancia para el

7. Los párrafos que siguen, que sintetizan los principales conceptos elaborados por Winnicott sobre el desenvolvimiento emocional primitivo, fueron abordados por el autor en diversos textos, varios de ellos citados en la bibliografía incluida al final del artículo. Los límites del espacio de este artículo no permiten una profundización mayor de esa cuestión tan importante.

autor inglés que define la *esencia de la crueldad* como la destrucción en el individuo de aquel grado de esperanza que genera sentidos a partir del impulso creativo y del vivir y pensar creativos. La cuestión de la libertad fue tradicionalmente pensada junto con la necesidad de establecer las condiciones necesarias para la convivencia social, lo que supone compatibilizar la libertad de los individuos con la vigencia de una ética fundada en el respeto a la alteridad. En el contexto de una teoría antropológica que entiende al hombre como ser antisocial, esa compatibilización solo puede ser establecida si está basada en un proceso represivo que resulta en graves limitaciones a la libertad. Winnicott se rebela contra esa concepción. Desde su perspectiva, forma parte de la naturaleza humana una *tendencia* a la emergencia del *sentimiento ético* (Winnicott, 1963/1983b), fundada en la facultad natural de la empatía y puesta en acto en el contexto de un ambiente acogedor y amoroso, respetuoso del actuar espontáneo del bebé y el niño. Es en ese contexto que emerge el sentimiento ético espontáneo y el superyó espontáneo, que no pueden ser sustituidos, aunque deban ser complementados por el superyó impuesto por la sociedad y estudiado por Freud. Para Winnicott, entonces, los valores éticos que hacen que el individuo sea capaz de convivir en sociedad resultan de la experiencia espontánea del individuo, y no de una imposición de ésta. Emergen de una relación caracterizada por la receptividad amorosa, y no de una experiencia de amenaza y represión. La experiencia espontánea a la que se refiere forma parte de la experiencia de conquista del sentimiento de preocupación, en el escenario de la “posición depresiva”, así como de la respuesta amorosa de la madre, que no responde retaliativamente a la destrucción operada por el bebé en la fantasía. Es ese amor que sobrevive al ataque el que permite el despliegue del sentimiento de empatía natural del bebé humano. Esta comprensión llevó a Winnicott (1962/1983a) a escribir que “la educación moral no es sustituto del amor” (p. 90). Desde su perspectiva, el sentimiento ético se forma en estadios muy precoces, anteriores incluso a los verbales, dependiendo para ello de la confianza del bebé en el ambiente y en él mismo, la cual se sustenta en la receptividad a los intentos de reparación que siguen a la sobrevivencia amorosa del ambiente a sus ataques. La emergencia del sentimiento ético, en el contexto de confiabilidad ambiental, lleva al niño a la “creencia en...”, expresión con la cual Winnicott destaca la conquista, por parte del bebé, de la confianza en el otro, en sí mismo y en la naturaleza humana que caracteriza la superación del aislamiento narcisista. La espontaneidad necesaria para el proceso de desarrollo emocional primitivo saludable se despliega en la libertad a lo largo de la vida del sujeto.

En convergencia con una perspectiva historicista, de la afirmación de la necesidad de espontaneidad para la emergencia de la singularidad del sujeto y su creatividad, así como de la participación ambiental en la emergencia de la tendencia natural a la solidaridad, surge la convicción de Winnicott referida a lo viable de basar la convivencia social en sociedades democráticas capaces de atender a las necesidades básicas de los individuos, respetar la libre expresión de sus singularidades y favorecer en ellos la expansión de la tendencia natural a la empatía. Se trata de una *posibilidad*, habilitada por las características de la especie,

por su historicidad y por la tendencia a la creatividad y la empatía. Una conquista difícil, sin duda, que exige para su implementación la diseminación de prácticas democráticas en el conjunto de relaciones sociales. Winnicott no ignora la agresividad humana, pero critica el determinismo que ofusca la comprensión de la historicidad de las relaciones humanas y sociales. Entendiendo la agresividad de acuerdo a su sentido etimológico –movimiento de ir hacia adelante–, la piensa como expresión de la capacidad humana de hacer y crear, expresión de fuerza vital que, cuando es ahogada o se impide que se manifieste, se tiende a transformar en agresión y fuerza destructiva. Critica la falta de consideración de lo que denomina *bondad originaria* y sus consecuencias posibles para el desarrollo de modalidades empáticas de relación. Desde su perspectiva, en la situación de dependencia absoluta en la que se encuentra inicialmente el bebé humano, la empatía y la continentación ofrecidas por el ambiente constituyen los factores fundamentales para la afirmación o la frustración del desarrollo de ese potencial de *bondad originaria*.

La problemática de la fantasía

Un aspecto importante de la construcción elaborada por Winnicott, de fuerte impacto sobre la concepción ontológica, epistemológica y antropológica que es posible elaborar a partir de su teoría, refiere a su comprensión del papel de la fantasía. La inmensa importancia de esta cuestión puede ser mejor comprendida cuando se considera la forma en que la fantasía fue considerada en la historia de Occidente. En los albores del pensamiento racionalista griego y en el contexto de la ontología esencialista forjada por el pensamiento platónico, el predominio del determinismo excluyó la posibilidad de emergencia de lo realmente nuevo. Como recuerda Cornelius Castoriadis (1975/1976) –que utiliza el término *imaginario radical*–, entendiendo el ser como “ser determinado”, la concepción ontológica esencialista excluía la posibilidad de un devenir portador de novedad. La perspectiva del devenir había sido silenciada por la del ser, por lo que la fantasía fue pensada necesariamente como un elemento nocivo, que amenazaba la hegemonía de las esencias eternas e inmutables que estructuraban el ser y la vida de los hombres. En el contexto de ese pensamiento ontológico, no es sorprendente que en su Diálogo sobre la República, Platón considerara necesario excluir a los poetas –esos hacedores de fantasías, esos creadores– de la ciudad. En ese contexto, y por largo tiempo, el imaginario (o la fantasía) designó el residuo de la percepción, es decir, aquello que puede ser recordado al evocar una percepción. Fue un gran mérito de Freud comprender el papel de las fantasías en el sufrimiento de sus pacientes. Sin embargo, tal como sucedió con otros grandes descubrimientos que surgieron de su práctica clínica, no avanzó en la comprensión de su significado más allá de las fronteras permitidas por los presupuestos fundamentales del paradigma moderno. Se limitó a pensar la fantasía en el registro de la patología, como expresión de una dificultad con la realidad. Su propia definición del “saber de los poetas”, en la cual asocia con propiedad la participación combinada de fantasías y emociones en los procesos de creación, descubrimiento

y pensamiento, no lo llevó a profundizar su reflexión sobre la fantasía. De este modo, fue a Winnicott a quien correspondió descubrir y teorizar el extraordinario papel de la fantasía en los procesos de creación, descubrimiento y pensamiento. En un desarrollo extraordinariamente fecundo de comprensión del proceso primario en los procesos de pensamiento, Winnicott investigó las modalidades de procesamiento de lo real en una fase que precede a la discursiva, destacando lo central de imágenes y emociones en los procesos de producción y comprensión de sentido. Freud descubrió el *proceso primario* al estudiar las psiconeurosis y los sueños. En ellos, dicho proceso fue estudiado como producto de la transformación de los pensamientos del sueño –cuya forma es el proceso secundario– en el contenido manifiesto de estos, a consecuencia del “trabajo del sueño” (Freud, 1900/1986g). En esa primera elaboración, por lo tanto, el proceso primario fue comprendido por Freud como producto de un proceso de degradación del proceso secundario, característico del pensamiento en vigilia. En un momento posterior de su obra, sin embargo, a medida que avanzaba en su comprensión de la inmensa complejidad de lo inconsciente, Freud comenzó a considerar también al proceso primario como *proceso primero*, tanto en la vida de la especie como en la de cada individuo y acto psíquico. Esta comprensión, aunque totalmente coherente con su concepción del psiquismo inconsciente como psiquismo genuino, no fue considerada por Freud para pensar la cuestión epistemológica. Como fue señalado anteriormente, en este tema se mantuvo rígidamente anclado en los presupuestos iluministas, ignorando sus propios descubrimientos. El abordaje winnicottiano es radicalmente diferente. “La fantasía –escribe– es anterior a la realidad” (Winnicott, 1945/2000, p. 228), reafirmando la participación de la fantasía en los procesos de conocimiento⁸. Considera que las fantasías –tanto individuales como colectivas– impregnan siempre nuestra forma de relacionarnos con la realidad externa, posibilitando una relación creativa con el mundo de los objetos. “Objetividad –escribe– es un vocablo relativo, pues, por definición, lo que se percibe de modo objetivo es concebido, en cierta proporción, en forma subjetiva” (Winnicott, 1971/1993, p. 61). Creación de nuevas formas y conocimiento se confunden en un proceso

8. La participación de la fantasía y del proceso primario en su proceso de trabajo intelectual está claramente señalada por Einstein (citado en Laborde-Nottale, 1990/1992), quien escribe: “las palabras y el lenguaje, en su expresión oral o escrita, no parecen desempeñar papel alguno en el mecanismo de mi pensamiento. Las entidades psíquicas que al parecer sirven como elementos de pensamiento son ciertos signos e imágenes, más o menos claros, que se pueden reproducir y combinar ‘voluntariamente’. [...] tomado desde un punto de vista psicológico, este juego combinatorio es, al parecer, la característica principal del pensamiento productivo, antes que se establezca un vínculo cualquiera con una construcción lógica en palabras u otros signos comunicables a los demás. Los elementos mencionados precedentemente son, en mi caso, de tipo visual, y en algunas personas son musculares. Sólo en una segunda etapa las palabras u otros signos convencionales deben ser dificultosamente desenterrados, cuando el juego de asociaciones se ha establecido lo suficiente y se puede reproducir a voluntad” (pp. 158-159). La diferencia entre los procesos primario y secundario de pensamiento, y el protagonismo del primero en los procesos de creación teórica difícilmente podría haber sido descrito en forma más clara. Es importante recordar que la genial descripción de Freud antes citada acerca de la atención flotante se aproxima en lo fundamental a esta concepción.

en el cual, a través del proceso primario, aprehendemos “algo” de la realidad externa, creando posteriormente una forma, ya sea a través de la creación artística o del proceso discursivo. Esta concepción se contradice obviamente con el realismo ontológico de la Modernidad, y, por cierto, Freud habría tenido serias dificultades para admitirla. Sin embargo, está próxima a lo que subyace a la concepción de las relaciones entre el sujeto de conocimiento y la forma de la realidad que estudian hoy en día diversas vertientes del pensamiento contemporáneo. Si nuestra forma de ver la realidad externa está siempre mediada por nuestras fantasías, Winnicott se pregunta: ¿Qué diferencia nuestro pensamiento de aquel de los psicóticos? Y responde que la diferencia reside en el hecho de que los no psicóticos aprendemos con la experiencia a diferenciar las fantasías que funcionan en la vida real de aquellas que no funcionan, reservando estas últimas para los territorios de la religión y la actividad artística. Nuestra capacidad de fantasear es así indisociable de nuestra capacidad de crear, y es oportuno recordar aquí que la creatividad, para Winnicott, constituye una forma específica de relacionarse con la realidad externa, una forma opuesta a la *sumisión*.

Aunque no comparta el pesimismo freudiano ni las consideraciones del fundador del psicoanálisis sobre lo inevitable del malestar en la vida social, Winnicott no desconoce las dificultades de la vida. Su divergencia fundamental es con el determinismo freudiano y con los presupuestos patriarcales adoptados por Freud, lo que lo lleva a discordar con la creencia en la existencia de la pulsión de muerte, la cual compara con una doctrina del pecado original. Reconoce la agresión, pero la considera como el resultado, en cierto grado inevitable, de las frustraciones experimentadas, y no como el producto de una pulsión natural de destrucción. Afirma que en diversos momentos de la vida humana –como, por ejemplo, en la experiencia del drama edípico– lo que es “normal” es la existencia del conflicto, definiendo la salud psíquica no por la ausencia de mecanismos defensivos, sino por su flexibilidad. Considera que lidiar con la ambivalencia afectiva es una tarea para toda la vida, pero no comparte la creencia freudiana acerca de lo inevitable de la infelicidad. Enfatizando en la responsabilidad del ambiente, piensa que es posible la transformación del sentimiento de culpa en sentimiento de responsabilidad (preocupación). Piensa que la cuestión de la felicidad humana y la del sentido de la vida no pueden ser comprendidas solamente desde el concepto de “placer”, y que este debe ser pensado en el contexto de la dupla, inserción natural de la vida humana, en la naturaleza, desde la actualización creativa de las tendencias naturales y en la cultura, por su creatividad natural y por la enorme significación del ambiente en su constitución y desarrollo. El sentido de la vida depende, de esta perspectiva, del respeto a la singularidad y al vivir espontáneo de cada individuo, lo que solo es posible en sociedades libres y democráticas. El significado es una producción colectiva que organiza un conjunto de representaciones que, en determinado momento histórico, provee respuestas aceptadas como creencias por el colectivo, constituyendo el *significado de la vida*. Los “grandes relatos” cumplieron históricamente ese papel. Los significados serían, entonces, una construcción intelectual. Espontaneidad y libertad constituyen la columna vertebral de esa otra concepción,

atravesada por el afecto, como producción histórica, contingente. El sentido de la vida está relacionado con la inserción del hombre en la naturaleza, con el despliegue creativo de sus tendencias naturales y con la inclusión creativa y solidaria en el colectivo humano. El sentido de la vida no depende entonces de que se tengan respuestas sobre cuestiones fundamentales. Se trata de una experiencia emocional indisociable de la experiencia subjetiva de crear la propia subjetividad, vivenciando la pertenencia, tanto a la naturaleza como al colectivo humano. Trascendiendo la concepción individualista del hombre y del pretendidamente insuperable conflicto de cada individuo con la sociedad, Winnicott sostiene la radical singularidad de cada ser humano y de su potencial creativo. Esa singularidad, de todos modos, es indisociable de su pertenencia al colectivo en el cual se constituyó. Desde una perspectiva ontológica, el pensamiento de Winnicott abandona la metáfora mecanicista que tanta influencia tuvo en el pensamiento de Freud, desarrollando una concepción *vitalista*. Es en esta perspectiva que se inscribe su concepción de “tendencias”, así como la comprensión de la dinámica fundamental de la vida humana que denomina *espontaneidad*. Para concluir esta apretada síntesis, me gustaría subrayar que Winnicott fue fundamentalmente un clínico, razón por la cual las concepciones antes expuestas surgen en su escritura como reflexiones directamente inspiradas por la experiencia, y no como aplicación de supuestos teóricos.

Resumen

Aunque declarándose discípulo de Freud y afirmando que los que trabajaban en clínica se lo debían todo a él, Winnicott rechaza la metapsicología elaborada por el fundador del psicoanálisis. Esta aparente contradicción se diluye cuando se considera el proceso de elaboración de la teoría psicoanalítica, diferenciando con claridad los grandes descubrimientos de Freud en su práctica clínica de la metapsicología que construyó –tal como enfatizaba Freud– una superestructura provisoria y especulativa. Atravesada por presupuestos ontológicos, epistemológicos y antropológicos del patriarcado y de la Modernidad, dicha superestructura entra en contradicción con los descubrimientos fundamentales del propio psicoanálisis, empobreciendo la radicalidad de estos. Discutiendo esa problemática fundamental, el artículo propone que, al liberarse del chaleco de fuerza de la metapsicología, la teoría elaborada por Winnicott contiene los elementos que fundamentan la elaboración de una concepción antropológica capaz de superar los presupuestos milenarios del patriarcado, así como su reformulación por el imaginario moderno.

Descriptor: *Metapsicología, Patriarcado, Presupuestos. Candidatos a descriptor:* *Imaginario moderno, Concepción antropológica.*

Abstract

Although he declared allegiance to Freud and claimed that clinicians owed this latter everything, Winnicott rejects the founder of psychoanalysis' metapsychology. This seeming contradiction dissolves

when one considers how psychoanalytic theory was developed, clearly distinguishing the great discoveries made by Freud in his clinical practice from the metapsychology that is, as Freud emphasized, a provisional and speculative superstructure. Linked to patriarchal and modern ontological, epistemological, and anthropological assumptions, this superstructure collides with the crucial discoveries made by psychoanalysis itself, impoverishing their radicality. In discussing this crucial issue, this article proposes that, inasmuch as it frees itself from the straitjacket of metapsychology, Winnicott's theory contains the elements that underlie the development of an anthropological conception that would overcome the patriarchal age-old assumptions, as well as their reformulation by modern imaginary.

Keywords: *Metapsychology, Assumptions, Patriarchy. Candidate keywords: Modern imaginary, Anthropological conception.*

Referencias

- Balint, M. (2003). *Le défaut fondamental*. Paris: Payot. (Trabajo original publicado en 1969).
- Bonaminho, V. (2010). *Nas margens de mundos infinitos*. Río de Janeiro: Imago.
- Castoriadis, C. (1976). *A instituição imaginária da sociedade*. Río de Janeiro: Paz e Terra. (Trabajo original publicado en 1975).
- Freud, S. (1986a). 35ª. conferencia: En torno de una cosmovisión. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 22, pp. 146-168). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1933 [1932]).
- Freud, S. (1986b). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 19, pp. 259-276). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925).
- Freud, S. (1986c). Dos artículos de enciclopedia: Psicoanálisis y Teoría de la libido. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18, pp. 227-254). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923 [1922]).
- Freud, S. (1986d). El malestar en la cultura. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21, pp. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1930 [1929]).
- Freud, S. (1986e). El porvenir de una ilusión. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21, pp. 1-56). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1927).
- Freud, S. (1986f). Esquema del psicoanálisis. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 23, pp. 133-209). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1940 [1938]).
- Freud, S. (1986g). La interpretación de los sueños (segunda parte). En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 5). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original escrito en 1900).
- Freud, S. (1986h). Más allá del principio de placer. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18, pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- Freud, S. (1986i). Presentación autobiográfica. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 20, pp. 1-70). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925 [1924]).
- Freud, S. (1986j). Proyecto de psicología. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1, pp. 323-461). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original escrito en 1950 [1895]).
- Freud, S. (1986k). Pulsiones y destinos de pulsión. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 105-134). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1986l). Lo inconciente. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 153-214). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1992). El problema económico del masoquismo. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 19, pp. 161-176). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1924).
- Laborde-Nottale, E. (1992). *La videncia y el inconciente*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1990).
- Lejarraga, A. L. (2015). *Sexualidade infantil e intimidade*. Río de Janeiro: Garamond.
- Masson, J. M. (ed.). (1986). *A correspondência completa de S. Freud e W. Fliess, 1887-1904*. Río de Janeiro: Imago.

- Plastino, C. (2015). Sobre psicanálise, religião e espiritualidade. *Trieb*, 14(1-2), 31-73.
- Winnicott, D. (1983a). Enfoque pessoal da contribuição kleiniana. En I. C. Schuch Ortiz (trad.), *O ambiente e os processos de maturação*. Puerto Alegre: Artes Médicas. (Trabajo original publicado en 1962).
- Winnicott, D. (1983b). Moral e educação. En I. C. Schuch Ortiz (trad.), *O ambiente e os processos de maturação*. Puerto Alegre: Artes Médicas. (Trabajo original publicado en 1963).
- Winnicott, D. (1990). *O gesto espontâneo*. San Pablo: Martin Fontes. (Trabajo original publicado en 1987).
- Winnicott, D. (1994). A psicologia da loucura: Uma contribuição da psicanálise. En D. Winnicott, *Explorações psicanalíticas*. Puerto Alegre: Artes Médicas. (Trabajo original publicado en 1965).
- Winnicott, D. (2000). Desenvolvimento emocional primitivo. En D. Winnicott, *Da pediatria à psicanálise*. Río de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1945).
- Winnicott, D. (2011). O conceito de individuo saudável. In D. Winnicott, *Tudo começa em casa* (pp. 3-22). San Pablo: Martins Fontes. (Trabajo original publicado en 1967).